



Diálogos Revista Electrónica de Historia

E-ISSN: 1409-469X

historia@fcs.ucr.ac.cr

Universidad de Costa Rica

Costa Rica

Forster, Cindy

"ME DI CUENTA DE QUE SÍ PODEMOS". MUJERES INDÍGENAS Y CAMPESINAS EN LA
REVOLUCIÓN GUATEMALTECA, 1970-2000

Diálogos Revista Electrónica de Historia, vol. 5, núm. 1-2, abril-agosto, 2005, pp. 1-44

Universidad de Costa Rica

San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=43926968008>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

CAPÍTULO 9

“ME DI CUENTA DE QUE SÍ PODEMOS”. MUJERES INDÍGENAS

Y CAMPESINAS EN LA REVOLUCIÓN GUATEMALTECA, 1970-2000

Dra. Cindy Forster
Associate Professor
History Department
Scripps College, Claremont California
Claremont Graduate University, California, U.S.A.

RESUMEN

Este artículo pretende abarcar cuestiones de género en el contexto de la auto-determinación colectiva entre gente campesina e indígena. Su momento histórico es Guatemala durante la guerra cruel de las décadas recientes. Se enfoca en la siembra de ideas sobre los derechos de la mujer pobre, y la contribución femenina a un proceso histórico de conquistar la soberanía popular, ya sea de utopías perdidas o esperadas. La intención es explorar los análisis de mujeres de la base; así por ejemplo el concepto de género parece bastante distinto si se busca en historias de reivindicaciones comunales, en vez de en historias individuales de resistencia o insistencia en la dignidad de la mujer.

Descriptores: Mujeres revolucionarias. Indígenas y campesinas. Participación política. Revolución Guatimalteca. 1970-2000.

INTRODUCCIÓN

“...La idea era construir un mundo mejor, no sólo para nuestros hijos sino para todos los niños...” dijo Estela (nombre ficticio), que viene de una familia campesina en el occidente de Guatemala y cuyos abuelos hablaban Maya-Mam. El ejército mató a su padre en 1969 porque

estaba organizando a la gente, "...cuando estaba la represión allí por toda la costa...." En los 70 ella se incorporó en la guerrilla y después la nombraron capitán. Madre de tres hijas, ahora tapisca café en una colectiva compuesta de ex-combatientes.

La reciente guerra se desató en el corazón del pueblo desde el altiplano -con sus comunidades indígenas y muchas veces monolingües-, hasta las tierras cafetaleras con fama de ser entre las mas ricas de Latinoamérica aunque sus trabajadores son casi los mas pobres. La tierra fría, paisaje de milpas y bosques de pino, cae tras escarpas de selva nublada a la boca costa, tierra de cafetales sin fin donde existen unas pocas cooperativas como la de Estela. Este artículo pretende abarcar cuestiones de género en el contexto de la auto-determinación colectiva entre gente campesina e indígena. Se enfoca en la siembra de ideas sobre los derechos de la mujer pobre, y la contribución femenina a un proceso histórico de conquistar la soberanía popular, ya sea de utopías, pérdidas o esperanzas.

En Guatemala todavía reinan los finqueros y las fincas. Durante la guerra, muchas de las plantaciones tenían sótanos o cuartos especiales para torturar a cualquier trabajador que se atrevía a pedir el salario mínimo. Unos piensan que el ejército no mató mas gente allá simplemente porque necesitaba su mano de obra. Por el contrario, en tierra fría fue una matanza sin tregua, llamada genocidio por las Naciones Unidas. Una ex-rebelde, Adela (nombre ficticio), recuerda que el ejército agarraba a la gente de sus casas en la boca costa sin decirles nada.

“...A primero nosotros no pensábamos que iba a pasar tanto terror. Nosotros a veces salíamos a contener la represión del ejército pero era demasiado. Llegó la G-2 [inteligencia militar] para matar de noche, secuestrar. En Toquian Grande habían secuestrado a varios compañeros. Se organizaron una escuadra [guerrillera] y fueron a atacar donde estaban acampados los soldados, donde ya tenían los compañeros secuestrados amarrados, y rescatamos a varios compañeros allí, talvez cuatro o cinco.

Ya los tenían sin ropa, desnudos, descalzos. Quemaron aldeas enteras. Una vez encontramos a dos niños amarrados en un costal, muertos. Les sacaron los ojos. Torturaron a nuestros compañeros. Gabrielita por ejemplo la pusieron en un hoyo y la dejaron morir. Pero nunca perdimos la claridad del porque estábamos luchando. Era una hermandad más que la familia -el cariño era más que en mi casa-...”

Este sentido de familia suena como un refrán en los testimonios de los combatientes. Suele aparecer también en los análisis de las organizadoras en la Resistencia, o sea la base civil. Dijo Adela, “...me siento bien, me siento contenta por haber ido a la guerra, y realmente tomar la decisión de luchar no sólo por uno mismo sino por muchos que sufren, por todo un pueblo....”

La intención de este trabajo es explorar los análisis de las mujeres indígenas y campesinas. Así por ejemplo, el concepto de género parece bastante distinto si se busca en historias de reivindicaciones comunales, a si se busca en historias individuales de resistencia o insistencia en la dignidad de la mujer. Esta es veta explorada por Temma Kaplan, en su estudio sobre el papel de las mujeres pobres en Barcelona, ella añade los conceptos de género al trabajo de recuperación de las historias de clase. El marco de clase y etnicidad revela diferencias de género que van mas allá de una fácil dicotomía feminista-femenina. Más bien existe una presencia intrínseca en cualquier expresión de género. Así se ha subrayado en la colección de ensayos compilado por Victoria González y Karen Kampwirth (2001), sobre mujeres que participaron tanto en movimientos como de izquierda y como de extrema derecha en Sur y Centroamérica.

Como ya han insistido varias analistas desde las Mujeres Zapatistas en Chiapas que forjan la teoría a través de la práctica, hasta autoras como Norma Vázquez, Cristina Ibáñez, Clara Murguialday, y Lynn Stephen en su análisis de las mujeres en la guerra salvadoreña, debemos

preguntar si esta polaridad femenina-feminista no es en sí misma una muestra característica de la perspectiva que domina entre las feministas más privilegiadas. Lo irónico es que algunas feministas comparten esa idea dualista con sus némesis -las “tradicionalistas” de la derecha política-, las cuales son socias subordinadas de los proyectos patriarcales. Por cierto, los proyectos de la derecha derraman sangre a través de la historia latinoamericana, y no admiten la comparación con la resistencia de los explotados.

Ambas posiciones -la pequeña burguesa feminista y la conservadora femenina-, rechazan un análisis más sutil de la maternidad, o en cuanto a eso de la niñez en su vinculación teórica con las hipocresías del sistema de poder patriarcal. Ambas posiciones son ciegas a la evidencia de la producción doméstica como cuna de identidades de resistencia. También son ciegas a la existencia doméstica casi clandestina, de una ética pre- o anti-capitalista entre las clases obligadas a ser trabajadoras. Quizás, es mucho más frecuente la resistencia que se nutre en las entrañas de la familia, y que toma forma de religión prohibida, sea maya, garifuna, obeah, u otra, y aquí también sus guardianes principales son las mujeres. Estos son los principales planteamientos de género aplicados en este trabajo, con los cuales sostendré el argumento, y también que la práctica de que la base guerrillera es profundamente una cuestión de género.

1. CONTEXTO HISTÓRICO DE LAS LUCHAS INDÍGENAS Y CAMPESINAS

El corazón de la lucha para la mayoría campesina es la tierra, vista como un principio femenino, es decir generativo. Las grandes extensiones de tierra todavía están en las manos de

los que decretan la propiedad privada como bien sagrado y buscan la desaparición de la práctica indígena de terrenos comunitarios o bienes sociales. Por falta de tierra, la mayoría de las guerrilleras pasaron hambre como niñas y trabajaron en la milpa o en los cafetales para contribuir al sostenimiento familiar. Muchas perdieron hermanos y padres por causa de desnutrición o enfermedades curables. Por esta razón, se incendió como en leña seca el mensaje de los rebeldes. “...Cuando ya los compañeros me hablaron, o sea me concientizaron, yo entendí muy claro lo que ellos llevaban...,” dijo Cristina (nombre ficticio), que había emigrado con su marido e hijos pequeños a “colonizar” la tierra infértil de la selva.

Ya después de la guerra, varios ex-rebeldes unieron sus esfuerzos para conseguir tierras. Muchos pagaron los precios corrientes en un mercado donde normalmente participa sólo la clase mas rica. Aunque los guerrilleros obligaron a la dictadura mas cruel del continente a ir a la mesa de negociaciones, ahora casi no pueden pagar los intereses masivos para sus tierras. Hoy la economía cafetalera es un desastre mundial gracias a la política del Banco Mundial y miles de guatemaltecos han sufrido despidos; además en las comunidades del altiplano, los ex-comisionados militares y otros aliados a la derecha a nivel nacional han quitado la tierra de muchos. “...El gobierno dice que --Ya le di tierra-- pero la tierra no nos dio regalada...,” dijo Elena (nombre ficticio).

En cambio, los ex-combatientes campesinos de El Salvador recibieron sus tierras gratis, y en Chiapas, donde en 1994 tomaron las tierras robadas a sus abuelos, enfrentan la violencia paramilitar pero con una amplia red de apoyo nacional e internacional. O sea el problema de los intereses bancarios en Guatemala es un problema político que admite soluciones políticas. Como prueba, acaban de ganar promesas de una compensación millonaria los ex-patrulleros

civiles, formados por el ejército durante la guerra, muchos de ellos acusados de haber cometido barbaridades en contra de la gente civil.¹

Economías que matan, y que son disfrazadas como leyes naturales, dominan la historia de Guatemala. Los invasores españoles inventaron su propia jerarquía racial como justificación del empobrecimiento extremo de los mayas, hoy 60 por ciento de la población. Del siglo veinte en adelante el país tiene casi la peor distribución de tierra en el hemisferio, la cual es mucho mas aguda en el altiplano indígena. Fruto de esto, los indígenas se han organizado repetidas veces en forma pacifica, y la extrema derecha, normalmente en la presidencia, les ha perseguido como si fueran una amenaza mortal. O sea en el dialéctico mayladino no se puede ignorar la cuestión de clase (por las mismas razones que el género es netamente una cuestión de clase y etnicidad, aunque las mujeres de la derecha lo niegan).

El año de 1944 dio inicio a una época de reformas que culminaron en 1952 en una de las reparticiones agrarias mas amplias de Latinoamérica, solo duró dos años. El gobierno que impulsó la reforma agraria fue derrocado por un golpe dirigido por la CIA, la agencia de inteligencia estadounidense. Aparte de esta breve década, los grandes finqueros, junto con los militares, han mantenido control del estado desde que se lanzó el capitalismo agrario en 1871. Los campesinos han librado una lucha constante para reclamar sus tierras. Después del golpe de 1954 los civiles han sufrido una violencia salvaje en manos de las élites locales que cuentan con el apoyo de la policía así como del ejército y los juzgados. Detrás de todo, está el dinero y entrenamiento estadounidense que protege los intereses empresariales. Era y es el sistema estructural el cual enriquece al imperio. Sin el apoyo norte-americano, nunca hubiera sobrevivido el estado de los ricos, o sea que su parasitismo es mutuo.

En los sesenta se organizó la primera guerrilla del siglo XX que alcanzó bases e hizo la guerra. Fue concentrado en el oriente ladino. Sufrió el mismo destino del gobierno democrático de los 40 -- fue aplastado, esta vez por las Boinas Verdes estadounidenses y los militares guatemaltecos con un costo de entre 10 mil a 20 mil vidas campesinas.² Desde los sesenta, el estado derechista es responsable de al menos 90% de los asesinatos políticos. La segunda etapa de lucha armada de la izquierda respondió a la represión masiva de los movimientos populares no armados. De 1978 en adelante se empeoró el patrón de hostigamiento, tortura y asesinato de personas por el sólo hecho de haberse organizado para superar la pobreza (en forma paralela por toda Centroamérica). La dictadura, en pleno conocimiento que los “enemigos” eran civiles, confundió la lucha pacífica con la subversión y así creó una convergencia entre los dos. Entonces la década de los 80 trajo una insurgencia nacional capaz de ganarle al estado. Se puede comparar a la Guerra de la Montaña, dirigida por Rafael Carrera en los 1830, en donde los indígenas lograron una pequeña tregua de la corrosiva modernización capitalista por cuatro décadas.³

Los tres ejércitos guerrilleros de la segunda etapa (los 70) se organizaron para una guerra prolongada. Funcionaban a través de largos años clandestinos. Contó Estela, “Ya me dieron el trabajo organizativo de ir a visitar las bases, pero íbamos de verde y armado, acompañados por dos otros de verde. Sobre todo en la noche. La población se asustó porque decían --¿Qué, como es que había mujeres?-- Pero era secreto, no salía a la luz pública.” Resulta curioso que se asustara no por ver insurgentes armados en la oscuridad de la noche sino por ver que algunas de ellos no fueron hombres. Miles de campesinos sí sabían que las cosas estaban en marcha pero el gobierno sólo sospechaba. Salieron a la batalla al fin de los

setenta y se unieron los tres frentes con el partido comunista formada la URNG en 1982. En cuanto a la trayectoria de su participación, hablan las campesinas de la extrema explotación, si se incorporaron antes de la política de tierra arrasada.

Pero, las que se unieron después del 1980 hablan del imperativo de salvar la vida. El grupo mas antiguo, las FAR o las Fuerzas Armadas Rebeldes, crecía en extensiones grandes de la selva norteña -- El Petén, y después se extendió por la tierra indígena en el mero centro del país y el campo ladino de la costa pacífica. Con el propósito de encender una revolución indígena, la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA) y el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) se colocaban en tierra indígena del altiplano. El EGP, con su ideología mas campesinista, operaba desde las montañas de El Quiché y Huehuetenango hasta los valles templados y parte de la selva del norte, y la ORPA cubría desde la boca costa cafetalera hasta las comunidades de tierra fría en San Marcos, Quetzaltenango y Sololá (y también partes de Huehuetenango).

Todos tenían presencia también en la capital y sus alrededores y entre las fuerzas progresistas de las ciudades principales. En los primeros años de los ochenta, el ejército de la dictadura estimaba que las bases guerrilleras consistían de alrededor de 350,000 gente (Schirmer 1998: 22). Una politóloga apunta que hasta medio millón fueron colaboradores activos (Jonas 2000: 23). La contrainsurgencia del estado tomó como blanco la base campesina. Algunos 200,000 asesinatos políticos cuenta las Naciones Unidas, de los cuales más que 80% fueron indígenas. La única explicación por tantos muertos indígenas es que un mundo racista no puso atención. El estado guatemalteco cometió atrocidades mucho más grandes que las de dictadores como Pinochet o Stroessner. En Guatemala el genocidio fue a la

misma vez sumamente tecnocrático, y muy antiguo en su manera de continuar la conquista nunca cumplida. Como respuesta, surgió el pueblo campesino en olas de insurgencia.

Podemos ver al género como un eje central en la organización colectiva para reivindicaciones sociales. Normalmente, en el trabajo teórico de los mismos dirigentes populares en Guatemala -- por ejemplo de la Defensoría Maya o de la ex-guerrilla, la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG)-- el papel de género había sido subordinado a la naturaleza de raza o clase. Los indígenas y los pobres son por definición masculinos, y el hecho de ser mujer a la misma vez no se entiende como una condición que altera endeblemente la experiencia vivida. O sea, se estanca en la perspectiva tradicional de la izquierda, que la guerrillera Yolanda Colóm describió en su testimonio sobre el nacimiento y crecimiento del EGP: "...era una tradición que las mujeres fuéramos casi siempre colaboradoras. Una especie de retaguardia de los padres, los hermanos, los novios, los maridos, los hijos...." (Colóm 1998: 71)

Sin embargo, desde los 70 en adelante muchas mujeres dejaron a sus hijos, como a la mujer que "...se había quitado por primera vez su traje ... era madre de dos niños y esposa de un dirigente local, quien se quedó al frente del hogar para que ella abriera el sendero que años después recorrerían centenares de mujeres de la región..." (Colóm 1998: 108).

Desde los 80 en adelante casi la cuarta parte de combatientes eran mujeres según las combatientes. Las palabras y textos propios de mujeres organizadas dan pruebas de un análisis de clase y raza cada vez mas profundas porque se puede reconocer la estrecha relación entre género y etnicidad, entre clase y el poder masculino. Sin una comprensión del papel que juega

el género, nunca vamos a entender a fondo lo que distingue la historia de las revoluciones centroamericanas: el protagonismo de las bases de apoyo.

2. FACTORES QUE HAN INCIDIDO EN LA MOVILIZACIÓN INDÍGENA Y CAMPESINA

Muchos destacados teóricos han documentado el proceso histórico entre las masas que generó la fuerza para resistir los ataques de incontenible ferocidad y larga duración. En Guatemala tal vez el EGP sobresalió en ese sentido con sus raíces profundas entre el pueblo indígena, aunque sus críticos en otros ramos digan que la estrategia de masas los hicieron mas vulnerables. Por su parte, Mario Payeras, veterano de la lucha armada quien se retiró en frente de la matanza de la población civil por el ejercito (y argumentando la falta de democracia a nivel interno), explica,

“...en la montaña, desde el punto de vista orgánico, la incorporación del campesinado pobre se tradujo en la aparición de una nueva categoría político-militar: la base de apoyo (omitida la cita). En el área de implantación del EGP, ...esta vinculación representó, además, el abordamiento en términos teórico-prácticos de la cuestión étnico-nacional... [Fue] la clave del acelerado y masivo desarrollo de las fuerzas guerrilleras en las montañas del nor-occidente... [A su juicio, protegía y no ponía en peligro a los civiles:] ...La información, el suministro, y el reclutamiento para las fuerzas militares fueron resueltos entonces a partir de la base de apoyo... El despliegue de la propaganda armada propicio la propagación de la organización, y la implementación de métodos y tácticas de autodefensa permitió su preservación....” (Payeras 1991: 15)

La nueva profundidad de la base dio fruto a la presencia de mujeres combatientes, por primera vez en la historia de las rebeliones campesinas en Guatemala. Ella fue incorporada por

parientes campesinos. Pues todas las mujeres entrevistadas (unas 20) fueron concientizadas por gente campesina, con la excepción de una, reclutada por maestros indígenas hijos de campesinos.⁴ Según Estela,

“...luchábamos en contra de la misma injusticia que sufríamos... Porque me di cuenta [como trabajadora] en las fincas, en el corte de café, me di cuenta en las fabricas, sabía como niñera, que había mucha miseria. Porque había pocos ricos que eran dueños de las grandes fincas. Nos dábamos cuenta que sólo organizados iban a ser el cambio....”

También, Francisca dijo (nombre ficticio que ella

“...trabajaba en las fincas de café y llegué como la segunda mujer en este frente... Por años mantuvimos el secreto [sobre la organización] porque no había salido a la luz. En cuando llegamos en el campamento todos miraba yo de verde. Mirar tantas armas, yo llegaba un poco tímida. Pero ellos muy amables. --Siéntense bien, siéntese. Aquí todos somos iguales.-- Con respeto. Años después cuando yo me bajé, no tenía miedo, ni tímida, ni nada. Ya confianza...”

De allí, Francisca fue mensajera en la vida civil, una de las tareas mas peligrosas. “...Si se pone nerviosa, uno sí misma se condena....” Ella estuvo a punto de caer una vez: “...¿Qué hago, que hago? Al mismo tiempo pensando, nunca voy a decir nada al enemigo. Yo no voy a traicionar a los compañeros. Que me haga pedazos, yo no voy a quemar a los compañeros...” Sí bien perdió su esposo que murió en combate, su hermano quien fue desaparecido, y muchos amigos que cayeron ante la ira del ejército, ella insiste, “...de lo que pienso, me siento orgullosa de haber participado, si, era importante. Ellos son compañeros. Están luchando por los pobres...”

Para la gran mayoría de mujeres en Centroamérica, el género no es vivido aparte de la pobreza, y para mujeres en Guatemala ni aparte de la etnicidad o conceptos de ser indígena. La base campesina e indígena actuaba con la creencia que los pobres sí podían construir un

futuro sin hambre o explotación. La “fe en el pueblo” es necesario para la lucha del mismo pueblo y las que lucharon en las fuerzas rebeldes, o las que las apoyaron, nos hablan de la guerra desde el punto de vista de las mayorías que resistieron. Más que nada las entrevistas reflejan una generosidad y un instinto democrático muy distinto de las riñas de la vida política formal.

Asimismo, la guerra de clases de los 80 fue producto de relaciones internacionales; hubieran triunfado por lo menos tres insurgencias populares a nivel nacional en el istmo si el imperio no hubiera intervenido con tanta fuerza. Fue una intervención a nivel de ideas así como de balas. La ideología de las mujeres anti-revolucionarias se caracteriza tanto por su individualismo, como por su temor de las clases pobres. Encarnó nuevas formas de la colonización de mentes, como por ejemplo en las ideas de la Presidenta Nicaragüense Violeta Chamorro, que pensaba que el comunismo diabólico había ganado en su país (Chamorro 1996: 1), así como la justificación del genocidio por la mayoría de mujeres derechistas guatemaltecas, como la bella congresista Zury Ríos, fiel seguidora de su padre Efraín de fama genocidista quien mandó también después de la guerra en la Asamblea. El todavía tiene sus matones por todos lados. Hablando sobre el secuestro de su padre, Marta (nombre ficticio) nota que era el comisionado militar que lo llevó, y son los mismos “...que están ahora, todavía trabajan con el ejército...”

Hace poco, una vecina campesina acusó a Marta de haber ido a la montaña cuando Marta regresó por la primera vez para ver a su mamá. Más tarde veremos a las mujeres al lado del ejército. Enfrente de estas historias nos urge concentrar nuestro análisis de la participación de la mujer. Yo diré que el concepto se distingue por ser libertaria: por definición tiene que ver

con la igualdad de todas y no la ventaja de pocas. Y nuestro primer tarea como historiadores es entender el ética colectiva de la base en pro de la justicia, la cual nos dará la posibilidad de entender a fondo la revolución guatemalteca.

Recuerda un ex-combatiente, que su hermana menor arriesgó todo y hoy en día es una de las miles de mujeres que son heridas para siempre. Según recuerda él:

“...Digamos mi familia se fue incorporando a la lucha; mis hermanos mayores se fueron a la guerra... Dieron todo lo que pudieron y creo que hicieron también como yo, con ese espíritu de esperanza de que algún día este país cambie definitivamente. Uno de ellos cayó en combate en el año 1982. Y una mi hermana, la más pequeña, se fue también y ella estuvo presa, fue capturado por el ejército en una casa de seguridad en la capital. Tuvo seis meses en los calabozos de la zona seis, donde antes estaba la Policía Militar Ambulante, y dos años en la cárcel para mujeres. Dieron un indulto para los presos políticos y fue que ella pudo salir con vida allí de ese calabozo. En la verdad corrió con mucha suerte porque realmente conoció todo lo que fue la forma en que tenían los túneles. A la gente allí la tenían encadenadas las manos y de los pies. Dice que sólo les daban dos cucharadas de comida en la mañana, dos al medio día y dos en la tarde. Entonces era un panorama terrible porque realmente ya no eran seres humanos los que estaban allí sino esqueletos los que permanecieron encadenados. Es terrible, y realmente todos los que estaban dentro de los túneles eran gente con ideas de cambio, con ideas digamos revolucionarias. Después ella ya no continuó en la lucha porque quedó afectada psicológicamente. Hasta el momento ella vive en Chiapas. Tiene un temor enorme de no venir a este país porque tiene mucho miedo....”

En cuanto a la identidad femenina, el terror de estado se democratizó. Anteriormente, las mujeres habían sido torturadas solamente de vez en cuando, y como dijo Estela al contar el secuestro de su papá, “...antes no mataban a las familias completas sino que no mas secuestraba al hombre...” La mujer se volvió blanco del gobierno junto con sus seres más queridos. Para las mujeres de cualquier clase era una educación brutal y podemos decir en términos de género, les enseñaba las cualidades supuestamente masculinas de autodefensa y de lucha armada para proteger la dignidad humana.

Sí bien el terror dejó traumada una población entera, también femenizó a todos los individuos denominados subversivos. Eran vistos como recipientes de todo mal como la Eva bíblica y sus hijas. Tal es el caso de los capturados, ya que por toda Latinoamérica los presos políticos inspiraban un profundo odio y hasta el temor en sus victimarios, que no tiene explicación sin recurrir a lo simbólico. Los prisioneros masculinos fueron tratados como mujeres y las mujeres tratadas como putas, ambos torturados en sus partes sexuales y sus identidades de género. Tanto los hombres como las mujeres sufrieron repetidas violaciones en las llamadas cárceles clandestinas. Pero el castigo tiene una carga bastante distinta según el género porque al salir de la calle las reglas sociales dictan que la mujer es vulnerable a cualquier ataque tornandola así presa fácil. El desprecio hacia la mujer fue un arma de la dictadura que se enredó en el contexto de un país mayoritariamente maya con el odio racista de las clases dominantes y sus aliados. En tierra fría se dio una política de violación sistemática.⁵ O sea, a todas las indígenas se les trataba como presas políticas y esta memoria está guardada en todo su detalle personal por las mujeres.

3. LA GUERRA, LA GUERRILLA: 1981-1983

En los años de 1981 a 1983 murieron hasta 150,000 civiles (Jonas 2000: 24). La madre de una rebelde fue testigo de la tierra arrasada en su pueblo indígena:

“...Vamos a hacer una junta--, dicen los soldados, y lo echaba fuego a la gente. Cuando oímos balazos, paauu. Después [se] puso duro. Pues nos fuimos ya...”
[*¿Entonces oyeron los balazos de la masacre allí?*]

“...Sí pues. Mucha gente. Hay un lugar que se llama Cojón. Pero mas se mire nosotros, la casa aquel lado está y allá, se quemaron mucha gente. Quemaron mucha gente. Mucha gente murió...”

[¿Murieron algunos familiares?]

“...Allí en mi familia, no. Sólo una su familia [de] mi marido. Eso sí lo secuestraron. Saber quién lo secuestró, soldado, saber. No sé...”

Esta forma de hablar, tiene como intención de sólo decir la verdad que la persona por sí misma conoce, pero también el peso de poder comunicar una historia en su mayor parte escondida. Veamos otro ejemplo, de una mujer en un pueblo indígena en Huehuetenango donde casi todos estaban organizados por la guerrilla:

“[El ejército] me tenía bajo control por cuatro meses en 81, hubo masacre ahí y ellos llevaban un listado. Me interrogaron cada semana. Y mis dos amigas estuvieron en las manos del ejército. Estuvieron ellas dos noches, un día parece que estuvieron en las manos del ejército. Las golpearon, no sé si no las violaron, eso sí no dijeron ellas porque sólo ellas lo escondieron. Pero saber, si estuvieron ellas dos noches con el ejército...”

Regresamos a la otra historia anterior:

[¿Cómo huyeron ustedes de la violencia?]

“...Oh, nosotros sufrimos. Mi marido con su maleta encima. No mas que yo, ya mero con panza así, y con dos chamacos y otra tenía cargado. Sufrimos mucho.”

[¿Tenían tres entonces, y uno adentro?]

“...¡Sii! Pero apenas llegamos, como a los cinco días llegamos en Chiapas. Pura caminata, caminata, caminata, aii. Mi primero hijo tenía [sólo] ocho años cumplidos. Ya habíamos llegado en Chiapas. Decía que ya estaba prendiendo fuego atrás a las casas. Se corrieron...”

Una combatiente Ana (nombre ficticio), que también tenía ocho años cuando huyó con su mamá y hermanos, recuerda con los ojos de una niña, que

“...sufrimos demasiado. Con manía nos pasamos casi un mes, sí. Da tristeza, da coraje. Probamos tomar agua a los dos días, *dos días* agarramos sin tomar agua... [Después de

la huida venía el temor] ...Yo no conocía español pero allá en otro lado aprendimos hablar en español para que los mexicanos no nos dieran el color, no nos detectaran que éramos guatemaltecos. Mi mamá no sabía ni contestar, no podía ella..."

Las familias indígenas que vivieron cerca de la frontera pasaron un infierno, pero las madres e hijos moradores de lugares lejos de cualquier frontera sufrieron peor. Algunos caminaron por meses para llegar a México. Otros vivieron a salto de mata tras años en selvas y montañas sólo habitados por culebras, jaguares y toda la vida silvestre, donde con tiempo se organizaron en redes, llamadas Comunidades de la Población en Resistencia (CPR's). Andrea (nombre ficticio) dijo que:

"...Hubo masacres, todas las gentes quemadas en la cas... Donde nosotros llegamos no había camino, sólo rumbo en las montañas. No comimos; para una semana entera no comimos. Hubo tantas culebras, y a veces uno se muere de las mordidas. También hay hoyos grandes en que se caían. En tiempo de guerra todos los chiquitos salieron con ronchas y muchos murieron. El ejército siempre nos estaba esperando, vuelven de rastrear. Hubo bombardeos en las montañas. Hay unos que tienen bastantes niños y cuando empiezan a llorar, muchos murieron [por mano de las mamás] para que no lloren..."

Andrea nació en territorio ixil, tal vez el más crucificado por el ejército.⁶ Como hemos visto, la memoria de la mujer muchas veces es una historia vivida de niña: "...salimos huyendo de la casa..." dijo Juana (nombre ficticio), también Ixil. Juana también describió que

"...es allí cuando oímos el ejército disparando. Pero un chorro de tierra pasaba sobre nosotros y mi mamá se metió en un callejón en la montaña. Entonces sí cabal los ejércitos capturó a una señora. Y el ejército le preguntó a la señora, -¿Dónde está la demás gente?- , y la señora dijo, -Allá se fue-. Entonces los soldados los persiguieron al paso y tiraban granadas y murió toda la gente. Había como 18 muertos. Y la señora, la que dijo la verdad, --Que se fue la gente allí en este lado-- la quitaron la cabeza. Ya no la encontramos su cabeza de la señora. Y entonces los demás gente, pues, nosotros nos huimos a la montaña." [Cuando regresaron días después los perros habían llegado primero]. "Mi mamá y mis dos hermanitos y una su nieta, de eso son cuatro personas que los enterraron. Entonces de allí nos fuimos en la montaña...."

En los pueblos, atacaron primero a los catequistas formados durante el auge de catolicismo popular que empezó en los sesenta. Por el año 1982, además de los varios padres asesinados, habían huido del país cien sacerdotes y religiosas sin denunciar nada a la comunidad internacional, informó el boletín cristiano Comité Pro-Justicia y Paz. Y “...a nivel de los Cristianos de Base, es donde la mayoría de Cristianos han pagado con su vida... Muchos Cristianos que han ... denunciado el pecado y que se han organizado y luchado por construir la Justicia y la Libertad para todos han sufrido la Muerte...” (Comité Pro-Justicia y Paz: 13). Dijo un catequista citado por ellos, “...yo talvez muero en esta lucha, pero espero que mis hijos salgan de la esclavitud y opresión y tengan una vida mejor que la mía...”

Todos los que no estaban del lado del ejército eran considerados enemigos. Susana (nombre ficticio) dijo que “...yo empecé a trabajar [en la guerrilla] a partir del año 1982...” También, ella cuenta cómo se fue involucrando en la guerrilla, ella recuerda que:

“...tenía cumplido 17 años. Cuando yo me integré [a la guerrilla], yo vivía en mi departamento en Chimaltenango, en el municipio de San Martín Jilotepeque. Porque lo que pasa es que mi papá colaboraba. Y en ese entonces yo trabajaba en una casa como doméstica con mi madrina. Entonces me fui en esa ocasión a ver a mi papá y en eso dijo que había caído un compañero, y ese compañero entregó, conocía a ellos pues y entregó así los nombres legales, y les fue a dejar al ejército. Entonces el ejército empezó a buscar de casa en casa. Entonces mi papá abandonó su casa. Por no dejara abandonado a mi papá, yo seguí a ellos, pero él sí ya colaboraba. Entonces es cuando ya directamente me integré hacia las FAR, en Chimaltenango. Yo sí sabía que mi papá colaboraba, porque el luego llevaba gente de noche porque de noche sola sacaba gente para la calle, así de noche, y cosas así. A él le gustaba escuchar mucho la noticia, por ejemplo lo que sucedía en Nicaragua, lo que había sucedido. Le gustaba escuchar muchas noticias, y bueno, nos hablaba que el ejército era malo, que el ejército decía que los cuidaba a la población pero era mentiras. Y como yo veía pues de que aparecieron muchas personas muertas, que el ejército iba a sacarlos. Aparte de eso que dos primos estaban jugando en un campo de fútbol en un partido y hubo un pleitecito entre el otro grupo y se lo llevaron. Y viene el otro hermano de él, fue a reclamar pues qué le había pasado a su hermano, y se lo

llevaron a él también y ya no aparecieron, hasta la fecha no aparecieron. Entonces todo eso, este nos empezó a indignar a nosotros. Y eso hizo pues de que me integrara yo. Y aparte de eso porque yo veía una vez, como a las cinco y medio de la mañana, llegaron unos carros polarizados y empezó a llegar a las casas y después, llamaban al señor y sólo disparaban. -¿Y quién mas era?- El ejército, porque sólo el ejército caminaba libremente en las calles. Los compañeros, no.

[Susana agrega además, que] ya cuando me integré, como antes que se formaba la URNG, no había mucha arma. Entonces el ejército empezó a masacrar. Una vez hubo cien personas que rodeó el ejército y masacraron. [Los soldados] empezaron a cuidar a los compañeros [muertos] que estaban amontonado pues. Querían ir a sacar a la gente y no la sacaron sino que tres días estuvo cuidando el ejército allí, hasta los perros y los zopes dice que agarran a comer allí a las personas cuando fue esa masacre de niños, ancianos y todo...."

El genocidio guatemalteco fue un ataque al seno de la cultura maya que dejó miles de mujeres torturadas y asesinadas, y miles mas violadas y vivas. Esta historia colectiva forjó la experiencia de las mujeres pobres. Examinar la tortura de una mujer maya como caso individuo, aislado del contexto colectivo, sería fabricar un análisis que hace mucho daño a la memoria, por no decir a la cadena de causa y efecto. Aparece como explicación predilecta en el *New York Times*, pero no basta ni como mínimo análisis histórico de la experiencia popular. O sea, es un pecado de comisión. Por otra parte, sería un pecado de omisión estar satisfecho con examinar las fuentes sobre la guerra que han superado las barreras de publicación porque, aparte de los testimonios recaudados por los de derechos humanos, casi todas reflejan la realidad pequeño burguesa o élite. Pero campesino y maya fue el gran peso de la guerrilla en Guatemala. Hoy los excombatientes pobres están luchando por casa y comida, no acceso a los medios de prensa mucho menos a las casas editoriales. Incluso ahora no se publica cuando los ex-rebeldes están muriendo a manos de la derecha, o atavares de la inteligencia militar, la G-2.

4. LA VOLUNTAD REVOLUCIONARIA

De por medio está evitar mención de los actores sociales que optaron por la lucha armada, como si fueran una especie de excepción, pero esto sería negar la experiencia de miles de mujeres, además de miles de aldeas campesinas en donde la izquierda armada cultivaba esperanzas de igualdad. Además, tildar a los revolucionarios como auto-decepcionados es poco honesto en la carrera de la historia donde hablamos sin pena de revoluciones justas desde Francia hasta Norteamérica, Haití, México, o Cuba, por no decir las luchas anti-coloniales de África y Asia. Vemos el ejemplo de la niña Ana que pasó un mes con manías, y ella había huido sola con la mamá, porque “...mi papá había incorporado cuando yo tenía cinco años...” Algunos 15 años más tarde, ella dejó dos hijos con su mamá y subió a la montaña. Su hijo mayor tenía dos años y el chiquito todavía estaba dando el pecho.

“...Mi mamá sí estaba de acuerdo con mi decisión. Ella hacía tortillas, hacía pinol [para las tropas rebeldes] y mi papá trabajaba desde la vida civil. Sólo estuvo un tiempito en la montaña, cinco meses subió para recibir entrenamiento....”

[¿El tiene un carné para recibir apoyo como ex-combatiente?]

“...Mi papá no fue reconocido como desmovilizado porque él se enfermó. Perdió la memoria porque la patrulla civil lo macheteó. Por eso quedó invalido. Por la misma, por la lucha lo dejaron invalido. El nunca fue reconocido por la organización. El estaba enfermo. Lo que [los patrulleros] querían es que el no siguió incorporando mas gente...”

Ella vió el precio que pagó su papá y esto le dio a Ana más razones para luchar. Se fue con la guerrilla. “...Nos dijo que si estábamos de acuerdo, que allá no se pagan. Que allá queremos gente de voluntad, si queríamos subir. Mire, la verdad, yo no recibí entrenamiento. En puras marchas yo aprendí. Aprendí como tirar en la batalla...”

Otra entrevistada, al contrario, había recibido meses de entrenamiento antes de su primera batalla, según cuenta ella

“...El ejército ya entró a las seis de la mañana en [nuestro] campamento grande allí por San Ignacio. Y mi arma era una uzi, no tenía buenas armas. El compañero [conmigo] acaba de regresar de Nicaragua porque había ido a pelear en Nicaragua. Me dice, -Para combatir, que tirarte y no levantar la cabeza porque si no, te van a dar, y tienes que vigilar si no sube el ejército, está subiendo-. Eso me estaba explicando cuando estaba un soldado gateando con un casco. Entonces dije, -Allí viene un soldado-. -¿Dónde?- dijo, [pero ya había lanzado la granada], ...pero nos cayó atrás... Nos retiramos allí tal vez a las cuatro en la tarde. Ese día el ejército descubrió que estaba combatiendo a mujeres porque se quedó la mochila de ella y fue capturado por el mismo ejército, y así agarraron un brassiere con un palo, así salió en el periódico...”

El combate visto desde los ojos de la mujer en sí mismo desafía conceptos patriarcales, es decir las justificaciones para la subordinación de la mujer, lo cual se refleja en el siguiente testimonio de Marta (nombre ficticio):

“...Pues la verdad, cuando uno está ya en combate, se lo olvida uno todo... Uno sabe que tiene un enemigo, uno sabe también si no me protege, me mata. Y uno sabe como defenderse, por ejemplo, si está debajo del cafetal, si está uno en la montaña, o en partes donde hay puros potreros...”

También Cristina, combatiente por diez años, afirmó que los soldados

“...nos tenían miedo, se puede decir cobardes porque mas atacaban a la gente indefensa. Incluso nos tenían valorado que un guerrillero valía diez soldados. Nos valoraba. Imagínese. A veces mujeres y hombres entre nosotros, y ellos sólo hombres y a veces les hacíamos bajas cuando topábamos. Y en cambio no nos sacaban a ver. Era bárbaro. Ni con los Kaibiles tan famosos nos hicieron daño...”⁷

Muchas mujeres tenían cargos especiales como el de radista, en donde tenían que memorizar claves “...para comunicarme con el puesto de mando...”, y también interceptar las comunicaciones del ejército. “...Uno sabía todo de cómo se movía uno, que es lo que hace,

todo eso....” Cargaron el equipo de honda corta, “siempre que guardar la radio” corriendo en batalla, por noche y día. Era un puesto sin el cual no podía funcionar la unidad. Igual como la posición de enfermera. Ellas también cargaban todo lo necesario de medicina sobre sus espaldas además del arma y su equipo personal. Una guerrillera había tenido tres meses de educación formal cuando era niña en que aprendió a leer, ella recuerda que

“...Cuando yo entré la enfermería [en la montaña], si mucho me preparaba, unos tres meses. Y de allí yo fui como ayudante con otra compañera pero desgraciadamente nos dividimos, y ella se perdió como quince días en la selva. Y luego de allí salieron dos heridos. Entonces tuve que ser yo en lugar de ser ayudante, tener que ponerme pilas para poder curar a los compañeros. Los que estudian, primero es la teoría, después van a lo práctico. Pero no es lo mismo. En la guerrilla uno estaba en la mera batalla, entre las balas, corriendo con los heridos. Para mí, sí, yo me animé incluso hacer operaciones de estas espinas que se metían a los compañeros. Les ponía una anestesia local y les operaba. [Algunas veces] ...no era tan fácil sacarla pues, porque incluso hasta obstruyó el paso de sanguíneo... [Después de muchos años ella se trasladó a otro frente, porque], ...el compañero que estaba allí había caído en combate y por eso me mandaron. Yo no puse peros porque no podía estar una tropa sin enfermera...”

Si una guerrillera caía en manos del ejército, vivía un calvario. Todas lo sabían y les dio fuerza para resistir. Los soldados guardaban un odio especial para las guerrilleras.

“...Siempre lo gritaban los insultos..., [dijo Cristina], ...que eran unos muertos de hambre, afeminados, pero en vulgarmente, y para nosotras, que son unas putas decían. Pero nunca nos humillaron porque nosotros sabíamos en lo que andábamos. Nos hacíamos que nos respetaron con las balas, con el arma [riendo]. Porque era de esa forma que nos tenían miedo....”

En la batalla las mujeres aprendieron una lección de amplia aplicación, que se puede vencer enfrente de un poder descarado, aunque uno es supuestamente débil. En el Ixcán la refugiada Juana hizo su decisión de incorporarse de niña. “...La idea que yo tenía era de vengar con los soldados como lo hicieron a mi mamá. Por eso fue mi intención. Tenía yo como

doce años cuando yo me fui. Entonces, ya de 20 años tenía, cuando yo me salí de combatiente...” Ella recuerda que la cuarta parte eran mujeres entre los guerrilleros, muchas de ellas menores, y que le enseñaron a leer y cómo vencer el miedo:

“...Cuando yo entré, sí tenía miedo. Pero ya de segunda vez, ya no. Después entrábamos en el destacamento de Chajul y el jefe de pelotón me decía. [-Cuando entras en combate no vas a tener miedo, sin pensar nada de que si regresas o no regresas, y [así] se quita el miedo-] ...Ya no tuve miedo. Entrábamos en el destacamento. [Después] entramos en una operación de La Perla. [Y una vez] estuvimos dos días de emboscada. Tuvimos que ir rastreando abajo de los tiros, abajo de los balazos y llegamos, lograr ocupar el cerro. Cuando yo sentí que ya estaba allí, y los soldados [con] una gran mochila en la espalda va[n] en la subida. Nosotros disparando para abajo. Y regresaba el ejército. *Allí [es] donde yo me di cuenta de que sí podemos, que tenemos la capacidad de hacer todo...*”

Talvez lo mas impresionante de este testimonio es la ternura de Juana cuando entró de soldado. Huérfana gracias al ejército de la dictadura, pasó desde la niñez a la adolescencia y entró su mayoría como combatiente. En la prensa estadounidense salieron muchos artículos sobre los niños guerrilleros cuando firmaron la paz, pero es de notar el abrumador silencio en cuanto al tema durante los años del genocidio, o sea los años en que el gobierno estaba matando a tantos padres y madres. Igual responsabilidad queda con los estados padrinos de Guatemala. Pocos patojos tenían ametralladoras -los niños guatemaltecos se defendieron con machetes y palos-, en contra de las balas fabricadas por los israelíes y los galiles de los soldados de su gobierno. Los mandos militares en ningún momento perdieron la perspectiva más global: dieron la clave de “Palestina” a una sección de la tierra del conflicto indígena.⁸ Para el ejército, no existía la niñez ni el respeto para la mujer respecto a la población indígena considerada salvaje.

5. APARTEID GUATEMALTECO

En áreas indígenas, las combatientes mencionan el racismo como el primer principio para sumarse a la lucha. Lo interesante es que fue igual de importante en áreas que supuestamente no eran indígenas. Todas las entrevistadas reconocen con orgullo sus raíces indígenas. Sola una tiene abuelos indígenas y las demás tienen mamás que usaban o usan corte. Muchas de ellas también ponen corte, algunas, de vez en cuando. Una, como niña, fue obligada a quitarse el corte por su jefa, y otra resistió ponerse corte por su tía quien quemó sus vestidos o ropa ladina. No es ningún secreto que las mujeres sufren una discriminación más severa que los hombres por el traje, otra muestra de la calidad de género que reside al fondo de la identidad indígena y la voluntad para preservarla. En El Quiché y la zona Ixil, la Sierra de los Cuchumatanes y realmente todo el departamento de Huehuetenango, las sierras de San Marcos, Quetzaltenango, Sololá y Chimaltenango, la gente en su gran mayoría indígena ve a los no-indígenas como usurpadores, ladrones, jefes abusivos y haraganes. Como lo describía una mujer que vivía cerca de una cabecera departamental -que no podía pagar el costo elevado de su traje ancestral ni hablar la lengua de sus abuelos-, ella explica que nunca van a perder la forma de ser indígena con decir que hay gente honorable y otros que no son, y además que “...nosotros los indígenas trabajamos con las manos pero los ladinos tienen que sacar su billetera para todo....” La impresión de dos pueblos enemigos compartiendo la misma tierra (o sea la geografía humana de casi todo América en una forma u otra), es fundamental en las historias populares de la guerra. A diferencia de los 60, en los 80 la dirigencia guerrillera

compartía este análisis, por lo menos en parte. En consecuencia, lo sistematizaba en la montaña. Dice una combatiente,

“...Aprendimos como fue de nuestros antepasados, como se formaron, y siempre nos hacíamos actividades de estudiar la economía política. Tenemos consignas de que luchamos por nuestros pueblos indígenas...”

[¿Y los comandantes eran indígenas?]

“...Si, sólo dos, creo, son ladinos. Los de jefe de la compañía y del pelotón son indígenas...”

[¿Llegaron mujeres a ser comandantes?]

“...Hay mujeres indígenas jefes de pelotón y mujeres jefes de compañías. Indígenas, sino que nosotros no teníamos puesto nuestro corte, que ya sólo con pantalones. Así como una habla en español, entonces pensábamos que es ladina, si es indígena también [riendo], sí, de diferente idioma... [Los rebeldes del Ixcán], ...no sólo somos Ixiles, sino que hay unos de Quiché, otros de Cobán, hablan de Kakchikel y hablan de Kekchi, hablan de Pokomchi, hablan de Mam...”

Esta mujer tenía una apariencia indígena, vivía con Ixiles mayoritariamente monolingües y usaba traje, pero también ilustra los matices de ser indígena:

“...por mi parte así cuando era patoja siempre hablaba de español porque mi abuelito es ladrón y mi abuelita es indígena. Entonces mi mamá siempre nos hablaba en español, pero después de que mi mamá y mi papá se habían muerto, entonces ya no podía mucho hablar en español. Cuando estuve yo de combatiente, allí [es] donde aprendí más español...”

Talvez el honor de la mujer es el símbolo más común de las guerras anti-coloniales o la resistencia de las poblaciones indígenas, humilladas por un estado de cultura extranjera además de explotador. Una tarea crítica de los combatientes era convencer a los civiles que valía la pena sublevarse en contra de la rabia de este estado. Contaba Adela un poco de lo que le dijeron:

“...En las fincas íbamos a platicar sobre el racismo, sobre por qué éramos explotados, que hablábamos idiomas así nativos, porque el traje típico, éramos humilladas por los trajes. Todo eso nosotros les platicábamos a ellos, y ellos sí dieron cuenta de que era la verdad porque ellos lo vivían cuando llegan al pueblo, o al hospital, o a un centro de salud, o a un juzgado, ellos lo vivían personalmente porque allí no les atendían porque miraban que era de traje típico. Entonces ellos mismos nos decían que --Sí es verdad lo que ustedes andan diciendo. Porque a nosotros nos humillan en esos lugares donde vamos cuando nosotros pedimos ayuda. No nos atienden por el hecho de ser indígenas. Sí es verdad compañeros...”

6. TRABAJO ORGANIZATIVO

Además de ser combatientes, todos tenían que ser organizadores. Para Adela, “...era rotativo quien daba los mítines en la población... Yo en muchas ocasiones bajé a las poblaciones a dar charlas políticas. Cuando estábamos en campaña, pasábamos en todas las fincas, por toda la área costeña andábamos nosotros...”

Cristina lo describía desde el punto de vista de un civil:

“...Cuando oí a los compañeros, cuando tomaron la finca donde estábamos, entendí. Allí, yo sentí pues, cuando los compañeros empezaron a explicar el motivo de su trabajo allí, o sea la lucha que ellos llevaban, bueno como me despejé, despejé la mente. Un año estuve colaborando con ellos. [El esposo] me golpeó. Decía el que yo iba a acabar metiéndome con esa gente, porque yo les entendía, y que antes de que yo me fuera con ellos que me iba a enseñar a la cara. Y yo, ¿cómo no? Soy también opuesta.... Ya le digo. Siempre nos trataba muy mal. Yo ya tenía la idea de que yo tenía que dejar a mis hijos, entonces decidí...”

Las palabras de los compañeros cayeron sobre tierra fértil. Estos dos ejemplos vienen de los primeros años de la guerra; los ejemplos siguientes se refieren a la ultima fase de la guerra,

después de décadas de secuestros, masacres y torturas. Parece que la represión no sirvió para desmantelar el apoyo. Según Patricia (nombre ficticio):

“...Bajábamos así en las fincas. ...Juntábamos a la gente. Algunos tenían miedo y los finqueros no lo gustaban. Vigilábamos también. Hay gente que sí apoyaba, y preguntaba. Primero ellos tenían miedo si uno es igual a los soldados. Nosotros aclaramos que no hacíamos daño a nadie. Hay señores que apoyaron. Iban a avisar así a donde estaban los soldados. Los finqueros tenían miedo, porque ellos no pagaban bien a los trabajadores, los discriminaron. También hablamos con los dueños. Ahora tiene que unirse, decíamos a los trabajadores, organizarse, porque si no se organice, no va a hacer nada. Los trabajadores tienen miedo porque si se organicen para formar su sindicato o para que respeten sus derechos, les corren. Yo digo que sólo con organizándose hay solución. Tiene que proponer propuestas y hacer manifestaciones para reclamar sus derechos. Si no hay unidad, no se puede lograr algo...”

La historia rebelde brota en parte de la historia laboral y nunca perdió este color. Para Patricia

“...Al ver una mujer les dieron curiosidad ...Nos dijeron, --Y ustedes tienen valor meterse allá.-- Nos preguntaron si era a la fuerza.⁹ Respondimos que era voluntario y es bueno participar -- si no, las cosas siguen como antes. Ahorita sigue igual, pero la gente por lo menos siguen para manifestar sus derechos. Ellas nos apoyaban. Algunas querían subirse a la montaña y otras que no, preguntaron, --¿Cómo será allá?-- Nos decían, --Ustedes son valientes pero en cambio, nosotras no tenemos este valor...”

No era cuestión de lo justo de su lucha de estas mujeres, sino lo peligroso. Hablando de los 80, Estela dijo que las guerrilleras respondían, “...el miedo todos lo tenemos, que sabíamos a cualquier rato podemos morir. Pero les decíamos que preferimos morir allí luchando armado pues y no que nos secuestran no haciendo nada, verdad, porque ya nos habían cerrado el camino...”

Todas las combatientes entrevistadas expresan la idea de que "...allá nos valoran la mujer igual..." Elena lo sabía por experiencia propia, porque

“...tenía mi grado como teniente. Yo tengo que dar orden a ellos, algunas 30 personas. A mí me emocionó mucho porque no todos tienen grado. A mí, sí, subí rápido, me alegré mucho. ¿Y por qué? [Los dirigentes] me dijeron que es por mi esfuerzo... [A su juicio como oficial], ...la capacidad que tenemos es todo igual con el hombre. No hay uno menos ni más, todo igual. Por ejemplo en la comida, todos tuvimos igual. La única diferencia es que tiene más fuerza el hombre, pero cargamos igual, trabajamos igual, combatimos igual. Por la misma política los hombres tienen que tratarnos bien, cambiar su mentalidad...”

Las mujeres no sólo cumplieron el trabajo de los hombres, sino también al revés, tal como se puede apreciar en el siguiente testimonio de Elena: “...y los hombres aprendieron como lavar su ropa, como cocinar, como hacer todo. Barrer, trapear, cambiar pañales. Todo se cambió...” Una persona de la primera generación en la montaña recuerda,

“...hasta después, cuando se fueron incorporando nuevos combatientes, y nos miraban a nosotras las mujeres y decían, --¿Qué, las mujeres son para lavar la ropa?-- Pero ya nosotras teníamos un año de estar allí. --No, aquí cada quien va a lavar su ropa. Y ustedes van a cocinar.-- Allí se miraba la igualdad. Pero ahorita, aii Dios, no...”

Probablemente las montañas con todas sus privaciones y penas, eran el sitio donde las mujeres pobres consiguieron su más perfecta dignidad en hermandad con los hombres. La guerra revolucionaria e incluso anti-colonial, siempre tiene eso, que destapa corrientes igualitarias. Así, los pueblos de raza oprimida guardan una larga memoria de la vía de la guerra para retomar la dignidad. Hasta las historias nacionales en Latinoamérica dan lugar a los hombres pobres y no blancos que ganaron derechos, y a veces entraron las élites tras la espada. La pregunta será hasta qué punto estas luchas liberan a las y los demás.

7. ALIANZAS DERECHISTAS

La guerra de los poderosos trata de mantener y extender las desigualdades. Para ser exitoso siempre necesita engañar o convencer a multitudes con y sin uniformes, como mujeres derechistas por ejemplo. La experiencia de Juana encarna la pirámide de poderes imperio--dictadura--hombre o mujer al servicio del ejército. Ella vivía y luchaba en el área ixil que fue el epicentro de la contrainsurgencia con asesoría norteamericana e israelí. Al concentrar a la gente en campamentos, hasta contó con el apoyo ideológico de todo un cadre de evangélicos de California (algunos con sus diplomas de posgrado). Cuando Juana bajó de la montaña estaba hostigada por

“...toda la gente que no salieron [a la montaña]. Porque entre los soldados también existe la G-2, lo que burlaban de uno. Ahora hay mucho cambio porque la gente ya llega a comprender que hubo la guerra y por qué fuimos a sufrir... [Pero entonces] nos maltrataban. Criticaban que somos de la CPR, que somos nosotros las que matamos a la gente, y que no tenemos ropa y no sé que, de todo decían...”

Juana temía por su vida, por lo que se trasladó a otra región indígena. Estaba muy enferma de todos los males que trae la montaña como gastritis, úlcera, bronquitis, y las enfermedades de la mujer por andar tantos años sin condiciones higiénicas. Consiguió trabajo en un beneficio de café. Otro trabajador se enamoró de ella, y “...me junté con él... [Pero] yo me enfermaba mucho -me iba a morir de la gastritis-...” El novio la curaba, pagando su estancia de 17 días en el hospital. Con los años, tuvieron tres hijos, en eso terminó la guerra y el hermano de Juana, también ex-combatiente, la buscó.

“...[La familia de mi esposo] no sabía que yo fui combatiente. Cuando ellos supieron que mi hermano entró, él [esposo] me trataba mal, que yo era una combatiente, y que soy yo la que maté a los ejércitos... [El] dice que tiene 17 años cuando se llevó a hacer ejército. Entonces él me preguntaba dónde estuve yo, y en que, [y] como se llama el lugar donde llegué. Cuando yo le decía, hay un lugar que le dice Caballo Blanco. El también llega allá, dice, del ejército. Y como él tiene pegada una bala aquí ve, él me trataba mal. [- Entonces tu fuiste-] me decía. Que si [yo] tenía el dolor y estaba enferma, [era] por todo lo que fui yo a la montaña. Todo lo que fui a sufrir, él me decía, -fuiste a sufrir por burra. Estás enferma porque tu lo buscaste, tu lo fuiste a buscar en la montaña-. El me sacó de la casa. Entonces era una discriminación pues, era una violencia lo que ellos me hacían. Me trataban todo eso y me tuve que salir [de] la casa....”

[-¿Ellos le golpearon?-]

“...Sí. El me sacó de la casa. Y me quitaron una mi hija que la tuve que dejar. Entonces la dejé a la nena, y me vine con él [hijo] y ella [la bebe]. Sí...”

[-¿Usted tenía pena que él talvez iba a matarle?-]

“...Bien, porque allí hay zona, hay ejércitos allí. Y yo me daba miedo de que él fuera, por eso es que lo digo que él pasaba al frente de mí con las mujeres, pero yo no le decía nada. Sólo aguantaba porque si yo dijera algo, [si] me pongo pelear con él de que por qué hace eso, y de repente él iba a quejar con los ejércitos. Entonces peor que sola estoy allí sin familia, tan fácil que me secuestran...”

En el vía crucis de Juana abundan normas patriarcales. El soldado-marido se comportaba con el odio permisible cuando un hombre enfrenta a una mujer liberada de las reglas de género, y mucho más cuando es su mujer. Como dijo él, “...ella está sufriendo porque por burra se fue de combatiente, pues, por burra se fue en la montaña...” Pura bestia entonces, además bestia de voluntad propia e indomitable.¹⁰ Y burra porque, en las palabras del hombre, “-Acaso que es hombre para que fuera a luchar, a combatir-...”, decía él. Aquí viene el pecado original, la voluntad de la mujer quiebra la superioridad de fuerza y de voluntad que es propia del hombre. En eso tenemos también la matriz de la rebeldía de la base guerrillera, su resistencia a las jerarquías que son de poderes de clase, de raza, y de la dominación masculina. Bueno, el soldado-marido le había apreciado todo lo que era vulnerable y necesitado de su protección. Aunque él mismo fue capturado por el ejército a la fuerza -una condición de secuestro o sea

una experiencia que lo femenizó-, en vez de ver la vulnerabilidad y la injusticia que los unen, optó por ver su esposa como culebra ya curada y siempre peligrosa. Esta historia pierde su significado sin sus explicaciones de género. Hasta el castigo que el marido le imponía, que era golpear a la mujer por infiel a la patria, y humillarla al ser descaradamente mujeriego.

La vida siempre sobrepasa lo creíble y la de Juana no es una excepción. Cuando su esposo la sacó de la casa, ella estaba embarazada de la última niña.

“...Entonces después ya no me curaba, Dios, sólo enfermándome vivía. Cuando yo tuve la nena, la nena lo tuve en cesaría porque ya me iba a morir. Ya no pude tener la nena. Yo siento que tres días estuve en el hospital con dolores cuando llegó un doctor, él me dice, --Pobrecita la señora, ella se va a morir. Mira, m'hija-- me decía el doctor, --se va en sala de operación, y se va a vivir, pero entre de diez minutos va a ser usted operada, si pasa los diez minutos va a estar usted muerto...”

Juana se salvó de morir dando a luz al bebe de su verdugo. A los ojos del marido y su familia hubiera sido un fin bien merecido. Vale decir que los conceptos abstractos están llenos del contenido simbólico y sirven como guías, pero nunca son reglas inmutables. El esposo era indígena igual que ella, aunque sólo ella luchó por la libertad de los pueblos indígenas bajo el yugo de la dictadura militar. Las cuñadas y la suegra eran mujeres indígenas igual que ella, pero no le ofrecieron ningún consuelo cuando se estaba muriendo de dolores en un mal parto, con una criatura también de sangre de ellas. Juana regresó a su tierra natal. Los pobladores Ixiles habían sufrido una ocupación feroz en las manos del mismo estado que ella, pero fue un proceso de años antes de que las familias que se quedaron, pudieran ver con compasión a los que salieron, lo cual permitía entre otras cosas la llegada al poder de un comité municipal nacido del mero pueblo.

Hay otro punto importante para la historia. Probablemente la hija perdida -la que fue robada por el padre-, va a crecer con un gran resentimiento en contra de la mamá. Pero el rechazo que sufrió Juana por mucha gente de su comunidad, tenía el efecto inesperado de sembrar un gran respeto en su hijo mayor. Contaba Juana, que

“...la gente me preguntaba --¿Que por qué tu dejastes con su papá de los niños?-- [y] me trataba a hablar mal, que soy una de los CPR y que soy una de combatiente. Entonces él [hijo] se da cuenta y él me pregunta, --¿Y qué es combatiente? ¿Qué es CPR? ¿Y por qué salieron en la montaña mamá, qué es lo que hacían en la montaña, dónde se dormían, dónde traían chamarra y cama?-- De todo me preguntó él...”

Ella respondió entretejiendo historias del pueblo, de mujeres que luchan y mujeres que explotan. Este hijo, como muchos miles más va creciendo con una fe inmensa en la mujer que es también pueblo, la madre que luchaba por la dignidad.

“...Y yo le decía que [salimos en la montaña] porque mataron a mi mamá y a mi papá y nos asustaba. Y nada de discutir cosas así como ahora, que unos pelean y vayan a quejar con juzgados a discutir las cosas. Lo que antes, nada. Si uno hace una cosa, aquí también existía una mujer que se llama Catarina que [a] ver unas cosas, si lo tratan mal allá o si pasan ante ella y ni lo dice adiós, ya va a ir al ejército, [diciendo] --Que ella es la guerrillera-- y que ya lo matan. En la noche les va a ir a secuestrar los G-2. Casi es tremendo lo que va a ir a revisar los ejércitos en las casas. Si tiene bastante tortilla la gente, enton' le dicen, --Eso es para los guerrilleros.-- Tienen que terminar las tortillas lo que va a ser el desayuno, el almuerzo, no va a tener restos de tortillas, restos de panes, ni resto de azúcar, nada. Casi la gente le daba, casi todos tenían miedo... [Algunas historias va a contar al hijo cuando crezca]: ...Entonces, aquí también cerca hay otro señor y el también así hace. Sólo por una cosa que le dicen, porque él también violó las mujeres. Si le dice a las mujeres y las mujeres no le van a querer, y es ir a quejar con el ejército. Al amanecer y está muerto la mujer. Tremendo que hacía el señor. El se llama Pedro Mato. Pero ya de la URNG, de plano de que se dieron cuenta. Tuvieron que entrar dos combatientes, dos en la noche pero así con ropa de particular, y lo vinieron a matar al señor. Y desde que mataron a ese señor, se quedó libre la gente, casi ya no hubo mucho muerto....”

[¿Y estos dos combatientes eran mujeres?]

“...Una mujer y un hombre. Después de que habían matado al señor, entonces la Catarina, que le digo que si no le dicen adiós en la calle, al otro día amaneció muerte la

gente, y si iba a ir en el salón o donde quiera hay fiesta, si hay una cosa que a ella no le parece, le va a ir a quejar y lo va a ir a secuestrar a la gente. Entonces cuando ella se dio cuenta que secuestró a Don Pedro, también ella se huyó. Pero ahora ella vive, pero saber donde, sí, la Catarina, ella no se encuentra aquí. Pero según una información que hay, de que ella se encuentre en las barras de Guatemala. Hay dos veces que dicen que la vieron unos muchachos, que desnuda. Ella sola se vuelve loca....”

La ética maya diría que los asesinados la están visitando. Las historias de mujeres del lado del ejército exigen un cuidadoso análisis. Incluso tienen raíces en la vida cotidiana del patriarcado conocidos por todos lados. Por ejemplo, observaba Colóm (1998) que a veces, “...suegras o madres instigaban al hombre para que le pegara a la hija o a la nuera, diciéndole que así debía hacer --para tener la autoridad ante ella--, --para que fuera él quien mandara en la casa--...” (Colóm 1998: 54). Es probable que Catarina haya sido una prepotente y chismosa antes de la guerra, pero el holocausto en tierra quichelense le abrió la oportunidad de practicar un control sadista imprevisible. Ella absorbió todo el poder del estado patriarcal. En forma similar Don Pedro probablemente era violador y practicaba el acoso sexual antes de la violencia, pero aliado al ejército tuvo un poder sin límite. Es interesante que la URNG lo ajustició, así tomando el papel de protector de la mujer que también significaba la paz comunitaria. La caída de Catarina a las barras o prostíbulos de la capital tiene su obvia carga de género. Es difícil saber si es fábula o no, sólo podemos decir que existen cantidades de mujeres metidas en la G-2, existen miles de prostitutas en los barrios pobres, y todas tienen sus historias.

De cualquier modo, el Estado guatemalteco reconoce la suma importancia simbólica de la mujer y en recientes años ha incorporado mujeres soldadas, casi como mascotas. También ha empleado a mujeres como voceras del ejército. Sus tácticas se habían vuelto mucho más

sutiles, pero tienen el mismo propósito de ocupar territorio y mentes de los indígenas y campesinos, esa vez entrando por la mujer. Con igual ambición,

“...en los primeros años de los 90 el comandante de la zona militar en Quetzaltenango, General Camargo, propuso la idea de reclutar a mujeres mayas con un nivel de educación universitaria en esta ciudad indígena para que ellas sirvieran de promotoras especialistas –enfermeras, trabajadoras sociales, operadoras psicológicas-, y también como parte de equipos para el reclutamiento militar con la idea de “platicar” con la gente, y más que todo con las mujeres, con el fin de recoger inteligencia para el ejército sobre la vida social...” (Schirmer 1998: 123).

8. SE RECARGABA SOBRE MÍ

La violencia sufrida por las mujeres es bastante importante para entender sus decisiones para incorporarse a la guerrilla. Varias se fueron para escapar de esposos abusivos, y hasta salir del incesto o la violencia de sus propios padres, lo cual nos da una idea de justicia más profunda que la que se expresa con la experiencia de la mayoría de hombres. A este respecto es ilustrativa la siguiente historia de la madre, según su hija:

“...Mi mamá no tenía un gasto, entonces tuvo que tomar las palabras del otro hombre, pues, y se fue... [El papá se había enfermado; la historia empieza en lo económico] ...Cuando ya mi padrastro la trató mal, viera como la dejaba. Como ella era sí guera, aii, Dios, mi padrastro la agarraba a patadas y la dejaba toda moreteada. Porque decía él que mi mamá no podía platicar con alguien porque ella se podía ir así como había hecho con él, le decía que parecía una perra, que le había seguido a él... [-Perra o burra, igualmente peligroso para la que vive el insulto-] ... Vivíamos en el campo y yo tuve que tomar la responsabilidad de la casa [tenía nueve años], y ella salía a comprar porque se tenía una tienda grande mi padrastro. Mi mamá me dejó con el oficio, moler en molinos de mano como de así, mire, y tenía que tortear. Y cuando llegara ella ya hubiera una olla de agua caliente en el fuego, porque si no, era de agarrarme con, no me pegaba con cincho ni cinturón, nada de eso. Lo que me agarraba en eso de aquí y me golpeaba en la cara. Aja. Me agarraba del pelo y me golpeaba [la cara] en la pared. Me trataba muy mal desde niña. Saber que coraje tenía conmigo...”
[-¿Talvez por lo que estaba pasando con el padrastro?-]

“...Sí, recargaba. Recargaba sobre mí su coraje. A los varones nunca les pegó ella. Por eso yo a veces no siento tanto la muerte de ella... a veces le trato de entenderla [llorando]. ¿Por qué? digo yo, con quién había, se enojó tanto, que tomó este coraje hasta conmigo...”

Para muchas guerrilleras, el odio del poder arbitrario y hasta salvaje viene en parte de su experiencia de la violencia como mujeres, incluso a manos de mujeres con más poder que ellas. La madre en el testimonio arriba citado nunca les pegó a sus varones. Ella imponía las reglas de género a la perfección. Sin embargo, la hija no era víctima sumisa, ya que de niña escapó dos veces para vivir en otros hogares, antes de ser descubierta y reinternada como esclava en la casa maternal. Otra experiencia menos triste, pero de la misma índole fue el rechazo por las mujeres de sus esposos mujeriegos, en que salieron las mujeres a la montaña para ganar la justicia social pero también para quitarse las cadenas de una cultura machista.

Entre las enemigas de las guerrilleras, el concepto de género revela los enlaces que vinculan a la guerra con la paz: en tiempos de paz, las mujeres que son crueles o explotadoras en su vida personal así fortalecen la lógica de dominación bruta. El proyecto conservador de sostener las vastas diferencias sociales siempre implica un caudal de sufrimiento para los pobres. En paz y en guerra, las mujeres de la derecha que abogan por el trato desigual de los demás cuentan con un apoyo mas directo o mas obvio de los poderes tradicionales. Y en guerra, las mujeres de la derecha dan una fachada respetable a las atrocidades de las élites tanto nacionales como internacionales.

Una prueba de la seriedad del discurso rebelde era el castigo dado a los compañeros abusivos. Juana contaba que la comandancia decretó que cualquier acoso sexual recibiría sanciones hasta la pena de muerte para los violadores. Vemos como resultado un

comportamiento intachable por parte de los hombres. En todos los frentes, las mujeres hablan de un verdadero respeto que era bastante raro afuera de la montaña. Tal vez haya sido mas difícil sancionar a los oficiales. Hay evidencia que guerrilleros violadores de alto rango hicieron bastante daño a mujeres civiles, antes de que fueran expulsados, cuando ellos siguieron haciendo mucho mas daño. En años recientes, ocurrió el caso de Arnoldo Noriega, de la alta dirigencia de la URNG, acusado por su ex-cónyuge de haber violado repetidas veces a su hijastra preadolescente. Como Daniel Ortega, ex-presidente sandinista, Noriega disfruta de bastante apoyo entre sus colegas, pero no era suficiente en su caso para salvar su puesto. A diferencia de Ortega, en el caso de Noriega la madre creía y defendía a su hija.

Odios tan arraigados como los de género, raza, y clase no desaparecen en unos meses de educación política. Pero el discurso de libertad en sí mismo indica que sus creyentes aspiran hacia un comportamiento mas justo e integral. Por otro lado, se espera el racismo, el clasismo y el machismo, -por no decir la prepotencia-, en las actitudes de los no-revolucionarios. Aún queda mucha distancia entre el discurso y práctica, y en la construcción de cualquier movimiento popular lo difícil es oponerse a la explotación ajena como a la suya. Un ejemplo ilustrativo a este respecto es el siguiente:

“...Como usted sabe que aquí en el país es muy discriminadora. A pesar aquí por ejemplo, los compañeros estuvieron en la montaña y todo se ha hablado de la discriminación y todo, existe mucha discriminación. Por ejemplo a la gente indígena lo discriminan demasiado y luego le dicen, --Tenías que ser india-- o cualquier cosa, así una expresión...”

[-¿Y hay críticas sobre eso?-]

“...Antes, sí, pero ahora ya no. Todo eso se terminó. No es un retrato agradable...”

De la misma manera se puede decir que las divisiones de clase dentro del movimiento popular se están endureciendo. Como en otros países, personas con acceso a dólares o trabajos fijos disfrutan redes de conocidos y oportunidades que son carne y hueso del sistema de clase. O sea, se alargó el triunfo y los que tenían mas recursos abandonaron la igualdad radical que vivían en la montaña. Normalmente de corte marxista, ellos no sufren remordimiento porque ven al capitalismo como la causa primaria, lo cual es verdad, pero hacen sus comentarios los excombatientes pobres y sus observaciones también son ciertas.

Es interesante que Rigoberta Menchú con su ascenso a la clase media, aunque sea marcado por continuas amenazas de muerte, suele funcionar como un magneto para este tipo de resentimiento entre los pobres. Los ataques nacieron de la derecha que siempre busca la oportunidad desprestigar a los que resisten, pero ahora son evidentes incluso en las palabras de mujeres indígenas del movimiento popular. Si consideramos a todas las otras personas que han hecho lo mismo, parece un poco injusto culparla y mas bien muestra una dosis de racismo, y peor por ser mujer. Los hombres indígenas que han llegado como voceros en el ámbito nacional y han comprado sus casas y carros tanto como la Nóbel no atraen críticas, tal vez porque hombres poderosos tienen que comportarse como paterfamilias -si no como caudillos-, para mantener el respeto en sí.

Estas murmuraciones sobre Menchú tienen eco Malinchista. Y Malinche es una leyenda engañosa que aflige a la mujer -un temor de ser humillada, un temor de ser una traidora-, aunque el gran peso histórico de la traición sea de raza o de clase ha sido cometido por los hombres. Quizás aquí encontremos otra prueba de la fuerte presencia de género en el conocimiento popular, en que cualquier mujer que hable por los indígenas

pobres tiene que ser mas honesta, mas sacrificada, mas humilde, mas libre de manchas de clase que su homólogo masculino para ser fiel a "la base." Tiene que ser purísima como habían sido pocos hombres -viene a la mente Jesucristo-. O sea, son largas las raíces de las desigualdades de género.

La URNG se ha venido desarrollando con corrientes contrarias. Por un lado, la lucha revolucionaria en sí misma abrió el debate serio a nivel nacional sobre el racismo y como combatirlo, a través de la distribución de la tierra, el respeto cultural, derechos políticos y la autonomía. Pero por otra parte, la dirigencia rebelde no tenía suficiente fe en sus compañeros indígenas para pasarles la batuta a los cuadros formados a través de décadas de lucha. Surgió la misma contradicción en cuestiones de la dignidad de la mujer, por un lado, abriendo paso en la praxis de la guerra, en donde alcanzó una igualdad nunca antes vista, y por otro, tirando obstáculos al acceso.

Entre gente democrática hay dos grande tendencias: primero, los indígenas y campesinos dentro de la URNG, y segundo, los indígenas y campesinos que han cortado relaciones para realizar sus proyectos afuera. Los líderes defienden las razones de estar afuera o adentro con toda convicción, pero mas interesante para esta investigación, las bases comparten mas de lo que los separa. Hablan de los otros con respeto y aún con compañerismo. Así, son los partidarios de la URNG quienes admiraron a Rosalina Tuyuc (vocera de las viudas y ex-diputada), y Menchú como una gran inspiración, o las bases del nuevo movimiento maya quienes se rehusan a hablar mal de los ex-guerrilleros. La discusión aquí trata de mantener este balance.

La URNG está haciendo una labor gigantesca de proyectos, por ejemplo construyendo casas para 30 mil ex-rebeldes pobres, pero a la vez miles de personas quedaron fuera del proceso de paz. Como consecuencia, no han recibido ayuda ni como ex-combatientes o base. Son más vulnerables las mujeres porque tienen menos peso en la sociedad. Si parejas ex-combatientes reciben casa o derechos de membresía, sin embargo, es más frecuente que el hombre y no la mujer es el que pueda participar con su voto. Tristemente, las viudas como siempre son las mujeres que más personalidad pública tienen. Muchas veces el no reconocimiento es cuestión de mala suerte, por ejemplo, una guerrillera salió por una curación y perdió contacto, y hubiera encontrado otra entrada, pero su mamá “...decía --Ya no sos de la familia...” Salió a vivir a México, trabajando como cocinera en las bananeras y torteando 18 kilos de Maseca al día. “...Ignoré casi todo ese proceso que se dio cuando fue la desmovilización. Porque si me hubiera dado cuenta, yo hubiera venido pues, hubiera sido beneficiada...”

Otra, una joven madre con hijos pequeños, es reconocida, pero no hay un fondo médico para los veteranos guerrilleros y ella recibió dos balas cerca del pulmón, “...me sacaron uno pero la otra queda allí. Me dijeron que con el tiempo iba a ir saliendo pero yo tengo miedo que a veces siento mal. Me tapa la respiración y no puedo caminar rápido. Tengo mayor miedo que se vaya la bala por el pulmón...” Así, lo ve en los rayos equis. Como el problema de intereses por la tierra, la falta de salud es una cuestión política que se involucra la comunidad internacional que patrocinó los acuerdos de paz.

El ex-comandante indígena más alto del EGP, Juan Tuyuc (que es el hermano de Rosalina), está organizando redes de ex-combatientes que no están reconocidos, para

conseguir fuentes de tierra y empleo. Son más de ocho mil. En una práctica que talvez es mas generalizada, los reconocidos en Sololá y El Quiché muchas veces son de la tercera generación en la montaña, o sea los mas jóvenes, aunque los viejos son mucho más necesitados porque pasaron toda la juventud en la lucha y normalmente salían sin casa, sin capital, y a veces sin parientes. Por sus años largos de combate, tienen más heridas, más balas todavía implantadas en el cuerpo, y más enfermedades como resultado de las torturas (ya ni se diga su salud mental), como sufrió el miembro de base que quedó inválido al ser macheteado.

Tanto las guerrilleras no-reconocidas como las reconocidas, coinciden en su derecho de criticar como participantes integrales en las luchas de su pueblo. Nunca perdieron de vista el compromiso con los pobres, en su mayoría indígena. Aún con todos sus problemas las mujeres excombatientes insisten que eligieron la vía de la guerra con plena voluntad. Además, a nivel individual, la guerrilla fue una liberación para miles de mujeres. Las exguerrilleras piensan que las armas ganaron terreno, pero que el futuro va a ser bastante difícil. Para Elena,

“...Nunca triunfamos así como pensábamos. Lo que hizo es negociar. Somos nosotros los que entregamos las armas, y ellos no. ¿Con qué vamos a defendernos? Pensando en el proceso de paz, que ya no hay secuestros, violaciones, que no hay matanza, que se cumplan con los acuerdos de paz. Tenemos que luchar a través del político aunque no con arma. Eso es el complemento. Mi sueño es que mi hija llega a ser una niña grande, que no trabaja como yo trabajaba, que saca su diploma -- no sé cómo pero tengo que luchar para ella...”

Así como las herramientas analíticas de clase y raza, el género es un concepto que nos ayuda a conocer las desigualdades históricas. Eso no quiere decir que las demandas por la

igualdad sean compartidas por todos, sino que los que hacen las demandas avalan por los derechos del pueblo. Así, vemos en los asesinatos de catequistas o sindicalistas que luchaban para beneficiar a todos los pobres, que un daño a uno era un daño a todos, o en el sentido espiritual de las comunidades mayas, que la humillación de cualquier persona era a la vez una herida a la integridad de la vida colectiva. Campesinas indígenas habían sido sujetas protagónicas en las ultimas cuatro décadas. Expresan sus anhelos para la igualdad como mujeres en un tejido complicado que tiene de urdimbre la identidad indígena, y de trama una vida digna como pobres. Su experiencia abarca un análisis mas sofisticado, mas verídico que un trato unidimensional o individualista de género.

La base de apoyo fue la columna dorsal de la lucha guatemalteca. Esto se puede apreciar enteramente si sumamos el concepto de género al análisis de la guerra popular. Así, sale a la luz la figura de la madre indígena que luchaba por dignidad con tanto sacrificio, y que siempre tenía la firmeza de preservar su orgullo indígena, como madre, y como trabajadora en las casas, las milpas, o los cafetales. La guerrillera también es una encarnación de la resistencia porque desafía las múltiples jerarquías de poder ‘como si fuera hombre’, a los ojos de los tradicionalistas, o para decirlo con la perspectiva revolucionaria, como si fuera ser humano. “Por burra”, la combatiente sueña con un mundo justo que va mas allá de desigualdades de clase, raza y género.

9. ESPERANZAS

Las mujeres indígenas de la base pagaron un costo muy alto, y todavía están luchando porque no les queda otra. Para cerrar con una historia que amarra el pasado y presente:

“...Así como le digo ya, no hubo alguna cosa, alguna arma. Talvez [los guerrilleros] me pidieron fruta, una tortilla, y les daba. No hice ni un daño. Y cuando vino el tiempo de eso, bajó el ejército a donde nosotros teníamos una tienda. Y nosotros llegamos con un vecino y el dijo, --Ustedes les van a matar.-- Enton' mejor de día estamos adentro pues, y de noche salimos, buscamos el monte y así vamos a dormir yo y mis tres hijos, cuatro con lo que quedé esperando...”

Después salieron de tierra fría para vivir con familiares en la costa, pero meses más tarde los persiguieron allá. Huyeron para no arriesgar la vida de sus parientes. Con sólo quince días de haber regresado a su terreno, el esposo fue agarrado por el comisionado militar y su gente. Lo amarraron, esta fue la última vez que la esposa vió a su marido y veinte años después lo desenterraron. Por toda Guatemala, la gente involucrada en las exhumaciones están recibiendo amenazas de muerte y nadie es mas vulnerable que las familias. La respuesta de esa viuda no es nada fácil, nada sencilla. Cada oyente sacaría otra conclusión aunque las palabras finales no dejan lugar para dudas.

“...Eso es lo que quiero ahora, de suplicarle por ustedes que no sucedieran más este. Yo ya no quiero ver este mal. Quiero paz, unidad, alegría. Porque yo pienso, a investigar a ellos [los asesinos], ellos también vienen otra vez contra nosotros. Yo sí mucho ha sufrido. Yo sufrí con mi esposo, y cuando allá mis padres murieron. Me dijeron, --Tus padres fueron secuestrados.-- Dios mío, dije yo. Pasamos este río y cuando llegamos dijeron, --ya veis. Tu hermano está muerto.-- Allí, ay Dios, grandes hoyos, así con los tiros en la cabeza. Sí, el ejército, no, eso es escuadrón de muerte fíjese usted. Tenía mi único hermano, lo registré yo. No les debían nada a ellos, y ellos matando a la gente injustamente. Quisiera uno para que se vea, pues, que haya justicia. A veces digo yo que no, porque de repente nos maten. Es porque atrás de ellos hay otros. Me sentiría triste. [Quiero] que le pregunte, --¿Por qué mató a nuestros esposos? ¿Por qué mató a mi mamá, a mi sobrina?-- Después torturaron a un varoncito que tenía como diez años. Mi mamá le jalaron, dejó su pelo colgado en el alambre. [Con todo eso] me escapé de morir de un derrame. Yo no tengo miedo, yo

estoy decidida. Jesu cristo tenía que morir, y si yo tengo que pasar algo, sólo espero que tengo valor. Como decimos, a vencer o morir....”

BIBLIOGRAFÍA

- Baranyi, Stephen y Sean Loughna. October 1, 1995. “Guatemala at the Crossroads.” *Jane's Intelligence Review*, Vol. 7:(10) , 472 (no ending page noted).
- Corradi, Juan y Jean Franco. 1992. *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America*. Berkeley: University of California Press.
- Earle, Duncan M. 1988. “Mayas Aiding Mayas: Guatemalan Refugees in Chiapas, Mexico.” En Robert M. Carmack, ed., *Harvest of Violence, The Maya Indians and the Guatemalan Crisis*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Enloe, Cynthia. 2001. *Bananas, Beaches and Bases*. Berkeley: University of California Press.
- Frank, Luisa y Philip Wheaton. 1984. *Indian Guatemala, Path to Liberation*. Washington, D.C.: EPICA.
- Gonzalez, Victoria y Karen Kampwirth. 2001. *Radical Women in Latin America, Left and Right*. University Park: Penn State University.
- Gutierrez, Margo y Milton Jamail. 1986. *It's No Secret: Israel's Military Involvement in Central America*. Washington, DC: Association of Arab-American University Graduates Press.
- Jonas, Susanne. 2000. *Of Centaurs and Doves, Guatemala's Peace Process*. Boulder: Westview Press.
- Kaplan, Temma. 1977. *Anarchists of Andalusia, 1863-1903*. Princeton: Princeton University Press.
- Martín-Baro, Ignacio. 1994. *Writings for a Liberation Psychology*. Adrienne Aron y Shawn Corne, eds. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Ortiz, Teresa. 2001. *Never Again A World Without Us: Voices of Mayan Women in Chiapas, México*. Washington, DC: EPICA.
- Schirmer, Jennifer. 1998. *The Guatemalan Military Project: A Violence Called Democracy*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Stephen, Lynn. 1997. *Women and Social Movements in Latin America: Power from Below*. Austin: University of Texas Press.
- Vázquez, Norma, Cristina Ibáñez, y Clara Murguialday. 1996. *Mujeres – Montaña, Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*. Madrid: Horas y HORAS.
- Viotti da Costa, Emilia. 2000. *The Brazilian Empire: Myths and Histories*. Durham: University of North Carolina Press.

FUENTES PRIMARIAS

- Entrevistas de la autora.
- Prensa guatemalteca.
- Archivos del Guatemala News and Information Bureau (GNIB), en proceso de instalación en Princeton University, New Jersey, EUA.
- Informes de los derechos humanos.
- Colóm, Yolanda. 1998. *Mujeres en la alborada, Guerrilla y participación femenina en Guatemala, 1973-1978, Testimonio*. Guatemala: Artemis & Edinter.
- Comité Pro-Justicia y Paz. 1982. “Ayúdanos a construir la nueva Guatemala.” Colección de GNIB PD 7.1.b.
- Comisión para el Esclarecimiento Histórico. 2000. *Guatemala: Causas y Orígenes del Enfrentamiento Armado Interno*. Huehuetenango, Guatemala: F&G Editores.
- Chamorro, Violeta. 1996. *Dreams of the Heart, The Autobiography of President Violeta Barrios de Chamorro of Nicaragua*. New York: Simon and Schuster.
- Falla, Ricardo. 1984. *The Story of a Great Love, Life with the Guatemalan “Communities of the Population in Resistance*. Washington, DC: EPICA.
- Harbury, Jennifer. 1995. *Bridge of Courage, Life Stories of the Guatemalan Compañeros and Compañeras*. Monroe, Maine: Common Courage Press.
- Macías, Julio César. 1997. *La guerrilla fue mi camino, epitafio por César Montes*. Guatemala: Editorial Piedra Santa.
- Payeras, Mario. 1991. *Los fusiles de octubre*. Mexicali: Juan Pablos Editor.
- Recinos, Adrián. 1952. *Popol Vuh, Las antiguas historias del Quiché*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Informe del Proyecto Interdiocesano Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI). 1998. *Guatemala: Nunca Más*. Guatemala: Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala.

NOTAS

¹ En cuanto a la violencia, ex-guerrilleros en la vida civil están muriendo uno por uno en circunstancias raras. Como dijo un ex-guerrillero, “Todos saben quienes somos. En el campo se puede asesinar a nosotros sin pena.” Se ha calmado la violencia indiscriminada pero siguen los ataques bien calculados para mantener el terror. Quiero dar mis más profundos agradecimientos a amigos que quitaron tiempo de su propio trabajo para corregir mi gramática, y especialmente a Tanalis Padilla.

² Baranyi y Loughna, impresión de computadora sin pagina, y comunicación personal con el antropólogo William Sweezey, 1989, que recibió la figura de 20 mil de un militar estadounidense quien participó.

³ Para documentación de la reciente guerra, vea por ejemplo, Comisión para el Esclarecimiento Histórico y Informe del Proyecto Interdiocesano Recuperación de la Memoria Histórica.

⁴ Tal es el reconocimiento en el ámbito urbano de la presencia de unas pocas universitarias y pequeño burguesas en la guerrilla, que hasta se ve como un nucleo matriz, lo cual no refleja la experiencia campesina.

⁵ Vea los informes de la ONU y REMHI para una mínima parte de esa historia.

⁶ REMHI cataloga dos grandes olas de genocidio, la primera en tierra indígena desde la faja del Ixcán, las Verapaces, El Quiché, y Huehuetenango hasta el altiplano central de Chimaltenango y Sololá (1978-1983), y la segunda en el territorio ixil y en contra de todas las CPR's (1984 en adelante).

⁷ Kaibiles son las fuerzas élites conocidos por su técnica bélica y su afán para torturar. Ellos son “la fila de machete de la capacidad contrainsurgente del ejército … entrenados en El Infierno en el departamento norteño de El Petén.” Baranyi y Loughna, documento no paginado, tercera página.

⁸ Vea los archivos de GNIB sobre Israel, y Gutierrez y Jamail.

⁹ Yolanda Colóm nota una versión muy marcada de esa pregunta cuando una mujer civil le preguntaba si ella tenía que lavar y cocinar para todos los demás combatientes masculinos, y cuando Colóm respondió que no, la otra preguntó pues si tenía que acostarse con todos (Colom 1998: 274).

¹⁰ Estoy agradecida a la historiadora Alejandra Cárdenas, ex guerrillera del movimiento de Lucio Cabañas en México y presa política por muchos años, por la información que en su experiencia las mujeres combatientes fueron tildadas como “unas chivas locas” en la saña de sus captores.